

«En mi casa de votantes “progresistas” y “cultos” (importantes las comillas), Julio Iglesias y la prensa del corazón eran elementos vetados. Durante mi infancia y adolescencia yo solo lo conocí por un sketch de Tricicle»



# Tú que sabes de él

La conversación pública se desarrolla de un modo más sinuoso de lo que creemos. Lo he pensado tras leer *El español que enamoró al mundo* (Libros del Asteroide), el libro que Ignacio Peyró dedica a Julio Iglesias. En este número se publica mi entrevista con el autor. Se trata de una biografía divertidísima, escrita con un estilo lleno de ingenio irónico y afecto. La recomiendo mucho. Durante la conversación con Peyró, surgió la pregunta sobre la mirada que el mundo actual aplica a Iglesias, ese señor que protagonizó fotografías de Helmut Newton rodeado de rubias en bikini, mujeriego pertinaz a quien cuesta no identificar con valores machistas. Sin embargo, mi sensación es que *Yulio* provocaba mayores antipatías hace veinte o treinta años que ahora. En la entrevista, Peyró aventura que la franqueza del personaje lo salvó de caer en la hipocresía, y que ese descaro lo ha protegido. Pero quizás haya más. En mi casa de votantes “progresistas” y “cultos” (importantes las comillas), Julio Iglesias y la prensa del corazón eran elementos vetados. Aun siendo consciente de su fama, durante mi infancia y adolescencia yo solo lo conocí por un sketch de Tricicle con ‘Soy un truhán, soy un señor’ que mi padre tenía a bien imitar en cuanto se pimplaba dos riberas. O por su aparición en un capítulo de *Las chicas de oro*. También recuerdo que, en 1996, un compañero viajó a Miami. A su regreso, nada más entrar en clase besó el suelo como Wojtyła y dijo “ailoffsssspaña” imitando al cantante. Poco más sabía yo entonces del fulano. Veinticinco años después, en cambio, sé muchas cosas acerca de Iglesias. Hace mucho que está en mi mente, igual que en la de casi todos nosotros, arquetipo o mito artúrico de clase media. Y el caso es que Julio se me fue volviendo

familiar gracias a un puñado de amigas y/o analistas feministas que llevan toda la vida desoyendo los prejuicios culturales que yo heredé porque saben interpretar el papel couché y la música popular como las dos grandes fábricas de relatos-espejo que realmente son, ¡y divertirse con ellas! No es que para ellas Yulio sea un modelo que seguir ni que se les escapen sus peores tics, pero en él perciben una presencia con relieve humano y algo que contar adherido a su piel, casi parte de la familia. Porque para ellas la ¡Hola! es lo que leían sus madres, y no despreciables “cosas de mujeres”, como creyeron durante décadas más de dos y de dos mil señores progres. Es donde ellas aprendieron el teatro de las vanidades y las identidades, y es un generador de cultura que requiere que le prestemos atención (y quien dice la ¡Hola!, dice el mundo del cotilleo en general y las baladas de producción relamida sin pretensiones). Entonces, insisto: a mí no me re-descubrieron a Julio Iglesias sus fans calzados con mocasines ni una militante del PP en abrigo de visón, sino quienes, a primera intuición, podría parecer que no lo iban a querer tocar ni con un palo, y todo porque en una conversación sobre el señor que compuso ‘Hey’ los matices de género, que existen, se mezclan con los de clase (y la clase es dinero pero también formación o sentimiento de superioridad moral y estética), memoria familiar, narrativa, folclore... Demasiadas cosas como para reducirlas a un solo eje. La complejidad de la conversación pública de la que hablaba al principio, que mueve a través del tiempo las ideas y los iconos de modos a veces insospechados ■■■